

## **Golpe de suerte.**

Amancio Pastor, como buen acuario, llevaba una vida de meticulosidad calculada. Y más desde que un mal de ojo asoló casi toda su fortuna.

Lo intentó todo para reponerse y, finalmente, fue un conjuro lo único que permitió que la buena suerte volviera a él. Desde entonces, una pata de conejo le acompañaba siempre. El resto del conejo, ya saben, no tuvo esa dicha.

Nuestro protagonista trabajaba duro en el departamento de inversiones Say & Go Unlimited Corporation. Se informaba de los movimientos bursátiles, estudiaba posibles inversiones y recomendaba a su cartera de clientes los pasos a seguir. Sus consejos movían millones de euros cada día, casi siempre en círculos que caminaban de una a otra dirección. Quienes hoy estaban contentos con sus recomendaciones mañana le perdonaban un mal consejo. Y viceversa.

Al fin y al cabo su labor consistía en que quienes tenían ya mucho siguieran teniendo. Nada podía hacer por quienes no se podían permitir el lujo de seguir el ritmo del mercado.

Trabajaba muchas horas a lo largo de la semana, diría que todas. Pero los domingos los tenía sólo para él. Y más ese día en el que su amada esposa, Espe, se había ido a Madrid a visitar a su tía Pepi. Una tía que nuestro Amancio no conocía pero, por la asiduidad de las visitas, gozaba del reconocimiento y del amor de su esposa.

La mañana la dedicó a hacer algo de ejercicio y a visitar la sauna que tenía instalada en la segunda planta de su residencia. Tras la comida acabó de leer el periódico en la terraza. Leyó detenidamente unas líneas de sus últimas páginas y, acabando su copa de brandy, se dirigió a la habitación de la entrada principal.

En ella, junto a un enorme y rollizo buda, reposaba su colección de amuletos: lechuzas disecadas, escarabajos egipcios, tréboles de cuatro hojas, velas de distintos colores.

Fijó sus ojos en una pequeña figura en forma de rana que llevaba siempre consigo al casino cada domingo por la tarde. Acercó su mano a la figura pero no llegó a tocarla. Se decidió por una especie de “llave capicúa”, una llave que empezaba y acababa en forma de corazón. Una llave pesada y hortera que, sin embargo, estrujó duramente en su mano y acabó dejando en el bolsillo izquierdo de su camisa.

En ese momento, el reloj de pared de la habitación anunciaba ruidosamente el momento de partir. Miró al teléfono, Espe todavía no había llamado, tal y como prometió, pero nuestro hombre decidió acercarse al casino a la misma hora que todos los domingos desde hacía ya siete años.

Llegó allí, como era habitual en él, con puntualidad británica.

-Buenas tardes, Don Amancio, dispuesto a jugar con la suerte, ¿verdad?"- preguntó muy amablemente el atractivo recepcionista en compañía de una enorme sonrisa que parecía abonada a su cara.

“Buenas tardes, Iñaki, dispuesto sí, dispuesto.”- contestó Amancio mientras dejaba las llaves del BMW Berlina en sus manos.

Antes de acercarse a la ruleta francesa, quiso probar suerte en una de las máquinas de azar de la sala americana. Introdujo una sola ficha metálica y, a continuación, tiró de la palanca para hacer girar los rodillos. Perdió. Sin embargo, una tímida sonrisa de satisfacción parecía adivinarse en sus labios.

Tras ese pequeño traspiés, se dirigió a la mesa de juego. Por el camino, se encontró jugando a su amigo Mark. Un británico con quien coincidió hace ya varios años en Nueva York y que hoy ejercía su carrera de diplomático en la ciudad. Mark, estaba jugando en la Royal Ascott como cada domingo. Y, también como siempre, a caballo ganador. No le iba mal, aunque tampoco acostumbraba a jugar enormes cantidades, nunca perdía más de trescientos euro por noche. Lo que le gustaba a Mark era realmente el ambiente literario que, según decía, se mascaba en el casino. Las gentes, los olores, las luces, los sonidos... Realmente dedicaba más tiempo a hablar con propios y extraños que a jugar.

Tras los saludos Mark, de sonrisa pícaro y ojos diminutos pero brillantes, interrogó a nuestro protagonista por el *mini* de la entrada:

-“¿Lo has visto?!”

- “¡¡Cómo no!! Es precioso” – contestó Amancio.

El *mini* era el premio grande del casino, Mark estaba enormemente satisfecho porque se decidieran por dicho galardón. No en vano el primer mini nació en su tierra como consecuencia de la falta de combustible.

El diplomático aprovechó ese dato para fortalecer su teoría:

“En el futuro los coches van a ser todos pequeños y ecológicos.” – apostilló Mark recordando su conversación con Leonard Lord, director entonces de la British Motor Corporation (BMC).

“Se aventura un gran cambio, querido Amancio, hace cincuenta años se decía que el mundo estaba creciendo hacia dimensiones más pequeñas. Ahora no podemos crecer más”- insistía Mark.

“Ni podemos ni debemos”, - apostilló sabiamente Belén, una bella y rubia joven que le acompañaba a todas partes con el propósito, según parece, de dar todavía más luz a las ya de por sí sabias palabras de Mark.

Amancio, en cambio, no parecía tener muchas ganas de coloquios. Por muy interesante que este fuera.

“Muy bien, lo lamento, señor Hopkins pero me espera la ruleta” afirmó educadamente.

“Perfecto”, entendió Mark, “tal vez nos veamos luego en el Slot, no?”

“Maybe, mister Hopkins, maybe”- contestó Amancio sin perder la compostura.

Ya, frente a la ruleta francesa, el crupier anunció el inicio de la partida. El marcador electrónico anunciaba los últimos números premiados. Casi por costumbre Amancio depositó allí su mirada para, a continuación, dejar todas su fichas sobre un solo número: el trece.

Esa noche sólo habría una apuesta para él. La brillante esfera comenzó a girar sobre la ruleta y el crupier gritó su inconfundible “¡No va más!”

Tras numerosas vueltas la bola acabó posándose, para revuelo general, en el número elegido. El golpe de fortuna, sin embargo, no pareció sorprenderle ni tan siquiera agradecerle. Más bien al contrario.

Recogió flemáticamente su dinero y, sin mediar palabra, retornó a su residencia. Ya en el despacho, con la única pero inestimable compañía un cohíba maduro y una buena copa de mejor whisky, un Cabernet Sauvignon del 73, subrayó unas líneas del periódico que había leído esa mañana.

Sacó del cajón su *Smith & Wesson* y efectuó, sobre su sien, un disparo seco y certero.

A la mañana siguiente, cuando el personal del servicio encontró su cuerpo y decidió llamar a la policía, las únicas pistas que había era la enorme cantidad de dinero que había en la mesa del escritorio y, junto a la llave en forma de corazón, las palabras del diario que el mismo había subrayado:

*“ACUARIO: un golpe de fortuna acabará rompiendo la relación amorosa que hoy tiene. Salud mal.”*

Al día siguiente un nuevo suicidio acaeció en la ciudad.